

REFLEXIONES SOBRE UNA VIDA EN LA HISTORIA

Silvia Marina Arrom

Discurso Presidencial, 30 de octubre de 2022

XVI Reunión Internacional de Historiadores de México

Gracias, María Teresa (Fernández Acevez), por esta linda introducción. También muchas gracias a la Universidad de Texas por patrocinar esta reunión, y a Matthew Butler y todos los que han ayudado a organizarla con tanto esmero.

Y, sobre todo, gracias al Comité Organizador por invitarme a presidir la reunión. Es un gran honor para mí unirme al grupo de historiadores que han presidido las 15 anteriores. Son – como está de moda decir ahora en México – *historiadores de lujo*. El primero, Silvio Zavala, después Lewis Hanke, Daniel Cosío Villegas, y entonces, Nettie Lee Benson – la primera mujer, en 1973. ¡Tomó un cuarto de siglo! La única otra mujer ha sido Josefina Vázquez (2003), y yo seré la tercera. Y este año, por primera vez, las tres conferencias especiales – la de inauguración mía, la magistral de Erika Pani y la de clausura de Nathaly Rodríguez Sánchez – serán dictadas por mujeres. Este es un hito para la organización, que al principio no era nada acogedora con nosotras. Otro paso adelante es que, por primera vez, se ha elegido un presidente que hace historia de la mujer y del género. Para mí, eso significa que este campo ha llegado a establecerse y ser respetado, que no fue así cuando empecé mi carrera hace 50 años.

En 1971, yo llegué a Stanford para estudiar el doctorado ya con la idea de hacer historia social. Mi inspiración fue el libro de Fanny Calderón de la Barca, *La vida en México*, que había leído en un seminario universitario.¹ La verdad es que este libro me cambió la vida. Yo siempre estuve interesada en Latinoamérica porque mis padres eran cubanos (que salieron mucho antes de la Revolución así que yo nací en los EEUU), pero este libro me convirtió en mexicanista. Y me cautivó porque hablaba de temas que no aparecían en mis libros de historia: las mujeres, los pobres, la familia, la vida cotidiana – lo que después serían los temas de mis investigaciones.

Yo fui parte de una generación que reaccionó en contra de la historia política y puso de moda la historia social. Pero lo que más se estudiaba en los años 70 eran los trabajadores, artesanos, campesinos, esclavos – y casi siempre los hombres de esos grupos, porque la historia social venía de la tradición marxista de estudiar a la clase obrera y el conflicto de clase. Yo vine de otra vertiente: el movimiento feminista, en una época en que apenas se empezaba a estudiar la historia de la mujer.

Recuerdo que cuando llegué a Stanford y declaré que ese sería mi tema, mi asesor, John Johnson, creía que estaba loca. Y dudaba que habría suficiente información para una investigación seria. Pero siempre me respaldó, cosa que le agradezco, aunque confieso que a veces no fue fácil trabajar con él. Por ejemplo, nunca olvidaré que cuando le dije que me había comprometido para casarme, me dijo “Venga a verme en mi oficina en 5 minutos.” Y me regañó: ¿Cómo me va a hacer esto? me

¹ Mme. Calderón de la Barca, *Life in Mexico During a Residence of Two Years in that Country* (Boston: Charles C. Little and James Brown, 1843); traducción, *La Vida en México, durante una residencia de dos años en ese país* (México: Porrúa, 1959).

dijo. No quería disuadirme de continuar con el doctorado; lo que no quería es que yo me casara, porque pensaba que iba a dejar la profesión y desperdiciar mis estudios. Así que tuve que probarle que sí podía combinar la profesión académica con una familia. Y tuve que probar el mérito del campo que había escogido.

Porque mis temas se consideraban bastante raros. Muchas veces, cuando me preguntaban qué estudiaba y yo respondía que las mujeres, o después, un hospicio de pobres, o una organización de caridad católica, me daban una mirada vacía y decían “que interesante,” con una sonrisa forzada. O con un tono muy condescendiente: “ay que lindo” como si yo fuera niña. Obviamente pensaban que estos temas eran de poca importancia para la “verdadera” historia de México.

De hecho, los que hacíamos historia de la mujer en los años 70s estábamos bastante marginadas: casi todas éramos mujeres y en los congresos hablábamos a un público exclusivamente femenino mientras que los hombres se reunían en otras salas hablando del poder y del dinero, y de los movimientos revolucionarios. Menos mal que esta segregación del campo ha disminuido.

Aunque ahora, al reflexionar sobre mi carrera, me doy cuenta de que esa marginalización no ha sido totalmente negativa, porque mis investigaciones en temas medio raros me han llevado a cuestionar algunos aspectos de la narrativa central de los siglos XIX y XX. Y, sobre todo, me han convencido de que la historia política no se puede de veras entender sin la historia social. De eso quiero hablar hoy. Voy a darles una excursión relámpago por mis cincuenta años de hacer historia social, atravesando el largo siglo XIX (desde fines del 18 hasta principios del 20), y conectando mis estudios con algunos grandes temas de la historia mexicana. Así que, de cierta forma, hoy le estoy contestando a los que dudaban que mis investigaciones fueran relevantes para la “verdadera” historia de México.

La gran narrativa de la historia mexicana es un relato de progreso con tres momentos de parteaguas: la Independencia, la Reforma, y la Revolución. Es una historia marcada por rupturas más que continuidades, llena de Buenos y Malos (los Liberales buenos vencen a los Conservadores malos, el glorioso Estado vence a la Iglesia retrógrada, etc.). Ustedes lo conocen muy bien. Y es también un relato de la consolidación del Estado, que pasa por una época de fragmentación durante la primera República, se pone a unir la nación con la Reforma y el Porfiriato, se desbarata por unos años en 1910, y después recobra su trayectoria triunfante hasta crear la nación unida mexicana, donde la Revolución supuestamente ha llegado a consolidarse hasta en las partes más remotas del país. Así que es un relato del fortalecimiento del Estado.

En lo que toca a la asistencia de los pobres, hay toda una sub-narrativa de cómo el Estado liberal le quitó las funciones de asistencia y educación a la Iglesia para convertirse en Padre de los Pobres, mientras que la Iglesia supuestamente quedó fuera del juego. Se dice que hubo una evolución desde la caridad a la beneficencia, y claro que la beneficencia pública se considera muy superior a la vieja caridad religiosa y privada. Dogma que debemos cuestionar, porque no es lo que vi en mis investigaciones.

Mas bien me he dado cuenta de que esta narrativa es, hasta cierto punto, propaganda. Propaganda del Estado Liberal y después Revolucionario, que la usa para legitimarse, pero que oculta tanto como esclarece. Resulta que muchas de las grandes generalizaciones que salen de los lindos

discursos políticos y de la legislación, se desvanecen bajo la lupa de la historia social que demuestra lo que verdaderamente pasó, si los proyectos de veras llegaron a implementarse, y cómo afectaron a los individuos de diferentes grupos en distintas regiones. Así que la narrativa dominante es bastante engañosa, aunque nos ha dado los mitos fundacionales de México.

Estos son lo que yo llamo *teorías zombi*: estereotipos o mitos tan arraigados que, aunque los historiadores pensamos que los hemos matado en nuestras investigaciones, regresan llenos de vida. No solamente son in-matables, sino que infectan los cerebros de los vivos porque nos dictan cuáles temas estudiar, cuáles archivos usar, y cuáles detalles enfatizar – ya que muchas veces uno encuentra lo que busca. Así que voy a tratar de matar algunos *zombis* hoy.

Empecé a cuestionar el relato oficial en mi libro sobre las *Mujeres de la ciudad de México*,² porque me di cuenta de que la Independencia y la Reforma no fueron hitos decisivos para ellas; mucho más importante fueron los cambios del siglo anterior, El Siglo de las Luces, en que se impulsó la educación femenina y se eliminaron varias restricciones gremiales sobre el trabajo de mujeres. De hecho, las ideas Liberales sobre el género eran casi iguales a las de los Conservadores en el siglo XIX. Basta recordar la famosa Epístola de Melchor Ocampo (1859), que dicta que (y éstas son citas textuales) la esposa *débil y delicada* debe *obedecer y venerar* al marido *fuerte y valiente*. Así que la ideología liberal de la igualdad no llegaba hasta las mujeres.

Entonces vi más problemas con el relato oficial en mi libro *Para contener al pueblo* sobre el Hospicio de Pobres de la Ciudad de México.³ Al meterme en la historia cotidiana del asilo, tuve que cuestionar la designación de buenos y malos, porque el hospicio prosperó mucho más bajo algunos de los “malos” (Santa Anna y Maximiliano) que bajo los celebrados liberales. En la práctica los liberales, a pesar de sus buenas intenciones, confiscaron los bienes de la institución y la dejaron en la bancarrota.

También tuve que cuestionar la eficacia de algunos proyectos estatales de control social. El hospicio fue concebido como parte de un experimento para encerrar a los mendigos que pululaban por las calles, pero en la práctica no lo hizo. Más bien albergó a los llamados *vergonzantes*, no los mendigos que tanto preocupaban a las autoridades, y con el tiempo se convirtió en una escuela primaria para huérfanos blancos. Muy distinto al proyecto inicial. Así que si uno nada más lee los decretos fundadores y los reglamentos internos no entiende que el plan de disciplinar a los pobres fracasó.

Además, empecé a cuestionar la transición de la Iglesia al Estado. No describe para nada lo que pasó en el Hospicio, que nunca fue de la Iglesia (fue Hospicio Real). De hecho, encontré muchas otras instituciones que no eran eclesiásticas en el virreinato, porque la Iglesia no tuvo un monopolio sobre la asistencia en la época colonial.

² Silvia Marina Arrom, *The Women of Mexico City, 1790-1857* (Stanford: Stanford University Press, 1985); traducción: *Las mujeres de la ciudad de México, 1790-1857* (México: Siglo XXI Editores, 1988).

³ Silvia Marina Arrom, *Containing the Poor: The Mexico City Poor House, 1774-1871* (Durham NC: Duke University Press, 2000); traducción, *Para Contener al Pueblo: El Hospicio de Pobres de la Ciudad de México, 1774-1871* (México, CIESAS, 2011).

Aún si uno lee la legislación con cuidado, sin el velo ideológico, puede ver que el relato de que el Estado reemplazara la Iglesia es otro mito. Ejemplo de esto son los decretos famosos de Juárez que nacionalizaron las instituciones de beneficencia eclesiástica y crearon una oficina central para administrarlas. Para empezar, esos decretos solamente tuvieron vigencia en la capital. Fuera de la Ciudad de México no hubo tal centralización y fortalecimiento de la asistencia pública. Además, la Dirección de Beneficencia Pública creada en 1861 fue efímera: solamente duró 18 meses. Nada de parteaguas resplandeciente.

Al ir más allá de los decretos, se puede ver que varias instituciones nacionalizadas pasaron al cuidado de las Hermanas de la Caridad – en plena Reforma – así que la Iglesia siguió teniendo injerencia en el sistema asistencial. Pero el afán de Juárez por esconder esta realidad fue tal que el 28 de mayo de 1861 emitió un decreto diciendo que la Congregación de las Hermanas de la Caridad era una sociedad civil sin ningún carácter religioso – cosa absurda, pero importante porque fue una maniobra para mantener la ficción de la secularización de la asistencia. O sea, fue parte de la propaganda liberal. El problema es que muchos historiadores se la han creído.

Entonces vi todavía más problemas con el relato del predominio de la asistencia pública cuando salí de la ciudad de México para investigar el panorama nacional, lo que hice en mi libro, *Voluntarios por una causa*.⁴ Descubrí que las instituciones públicas eran pocas, malas, y concentradas en las grandes ciudades. En enormes áreas del país el gobierno no proveía ni servicios de asistencia, ni de salud, ni de educación. Pero encontré muchos grupos privados – a veces religiosos, a veces no – que sí lo estaban haciendo. Entre ellos hasta había nuevas congregaciones religiosas, porque mientras se expulsaban algunas, se fundaban otras, como las Josefinas que se fundó en 1872 – en plena Reforma.

Yo estudié dos grupos caritativos – afiliados a la Iglesia, pero compuestos de laicos: las conferencias de San Vicente de Paúl de hombres y su contrapartida femenina, las Señoras de la Caridad de San Vicente de Paúl. Ellos crearon una enorme red nacional de voluntarios que se dedicaron a socorrer a los pobres, sobre todo la organización de mujeres que fue mucho más grande y fuerte que la de los hombres, porque atrajo a muchas mujeres de clase media y alta que querían ayudar a resolver los problemas de sus comunidades. Pero apenas dejaron huella en los libros de historia. En parte porque los voluntarios eran en su mayoría mujeres, y el trabajo de la mujer se ha devaluado mucho en la historia. Y también porque, según la narrativa dominante, no deberían haber existido después de la Reforma, aunque esa es justamente la época en que crecieron.

Cuando uno toma en cuenta todos los grupos filantrópicos de la época podríamos decir que las últimas décadas del Porfiriato fueron una Época de Oro de lo que hoy llamaríamos Organizaciones Sin Lucro, compuestas de voluntarios que crearon un sistema paralelo de asistencia y educación para suplementar los escasos servicios públicos. Funcionaban en regiones donde el gobierno no llegaba, como las ciudades provinciales y también pueblos, aldeas y hasta algunas haciendas, fábricas, y minas. Daban muchos tipos de asistencia que el gobierno no ofrecía, como llevar comida

⁴ Silvia Marina Arrom, *Volunteering for a Cause: Gender, Faith, and Charity in Mexico from the Reform to the Revolution* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2016); traducción, *Voluntarios por una causa: Género, fe y caridad en México desde la Reforma hasta la Revolución* (México: CIESAS, 2017).

y medicina a los enfermos en sus casas. Además, fundaron muchos asilos, hospitales, clínicas, y muchísimas escuelas. Así que eclipsaron al Estado Benefactor.

De modo que podríamos armar una *contra-narrativa* subversiva del relato oficial, porque la narrativa de la consolidación del Estado como la tendencia más importante de la segunda mitad del siglo XIX oculta muchas realidades. Mis investigaciones más bien apoyan una visión de la debilidad del Estado o, por lo menos, de su presencia muy desigual en el territorio mexicano. De la persistencia de enormes diferencias regionales, en que la mayoría de la población no tenía contacto con instituciones públicas. En que el Estado no desplazó la caridad privada y religiosa, y la Iglesia no perdió sus funciones asistenciales y educativas. En que hubo una restauración católica, que desdice el cuento de la derrota de la Iglesia. Esto último ya se ha reconocido por otros historiadores, incluso algunos sentados aquí hoy. Lo que yo añadí fue documentar la contribución de los voluntarios vicentinos a ese proceso, sobre todo de las mujeres.

Se habla mucho del Ángel del Hogar decimonónico, o se le pinta como el Ángel de la Caridad obrando dentro del recinto protegido de la Iglesia. Pero las voluntarias que yo estudié habían rebasado el Hogar y la Iglesia por mucho. Es más, en el contexto mexicano, sus actos eran sumamente políticos porque al mismo tiempo que ayudaban al pobre, defendían la Iglesia, fortalecían el catolicismo, y desafiaban las Leyes de Reforma (a veces abiertamente). Y al crear redes de católicos en todas las clases sociales, prepararon el terreno en que después pudieron florecer iniciativas políticas, como el Partido Católico Nacional de 1911.

De hecho, sus actividades cuestionan la idea de que la esfera pública era masculina. Esa idea es otro *zombi* que no muere. Ha habido una enorme resistencia a reconocer que las mujeres participaban en la vida cívica aun antes de obtener el voto. Tan es así que, en 1909, cuando Papa Pío X condenó el feminismo, creó una nueva categoría que él llamó la *esfera social*, sitio de la caridad cristiana. O sea, que él reconocía que un enorme número de mujeres caritativas no se limitaban a la esfera doméstica, pero no quería admitir que participaban en la esfera pública. Así que inventó esta esfera femenina de lo social, entre lo privado y lo público. Otra maniobra discursiva, interesante porque muestra como los límites de la esfera pública se siguen moviendo para no incluir a las mujeres. Y al excluirlas – por lo menos de manera discursiva – se minimizan sus contribuciones.

Pero los *zombis* que infectan nuestros cerebros nos han impedido ver la realidad. Seguimos diciendo que solamente fue la Revolución de 1910 que movilizó a las mujeres y despertó su interés por los asuntos públicos. Yo no puedo ni contar las veces que he leído eso. En lo que toca al sistema de asistencia, preferimos estudiar los lugares donde el Estado tenía presencia, y no los enormes vacíos donde no llegaba. Y en vez de investigar las numerosas instituciones privadas, nos hemos enfocado en las públicas que confirman el relato triunfalista del Estado Benefactor como Padre de los Pobres.

Por cierto, las privadas son más difíciles de estudiar porque sus registros no siempre están en los archivos estatales, así que hay que buscarlos. Pero para eso primero tenemos que tener la idea de que puedan existir, y para eso tenemos que desprendernos de los *zombis*. También tenemos que combatir la tendencia de escribir la historia desde las grandes ciudades e ignorar el campo – aunque allí era donde vivía la mayoría de la población mexicana. Parece que para muchos historiadores, esas personas no contaban.

Bueno: ¿por qué importa complicar nuestra historia? Un ejemplo, entre muchos posibles: El relato oficial dice que el fortalecimiento del Estado siguió a pasos agigantados después de la Revolución, así que también es la narrativa dominante del siglo XX. Pero en los últimos años, en que hemos visto como los grupos armados delictivos controlan tantos pueblos y grupos de autodefensa toman la justicia en sus propias manos, tenemos que preguntar: ¿hasta qué punto se consolidó el Estado – y dónde? Hay los que hoy dicen que México es un Estado fracasado (*failed state*), pero eso no me convence porque el Estado sí funciona en muchos aspectos en muchos lugares. El problema es que nunca ha funcionado en otros. Creo que le hicimos demasiado caso al relato de la consolidación del Estado, y no vimos que su alcance siempre fue incompleto.

Con los años, me ha intrigado cada vez más la pregunta de ¿porqué se siguen creyendo tantos mitos? Y decidí confrontarlo como tema central de mi último libro, *La Güera Rodríguez: Mito y Mujer* que no solamente arma la biografía de esta señora fascinante, sino que analiza cómo se fueron construyendo los mitos sobre ella y porqué han persistido.⁵ Durante su vida, ella fue conocida como una dama aristocrática, extraordinariamente bonita, inteligente, simpática, el alma de las fiestas, etc. Pero no fue hasta un siglo después de su muerte que se empezó a decir que fue heroína clave de la independencia y mujer rebelde que tuvo amoríos ilícitos con Bolívar, Humboldt, e Iturbide (entre otros). Ahora he descubierto que nada de eso es verdad; casi todo es invención de Artemio de Valle-Arizpe en su novela histórica, *La Güera Rodríguez*, publicada en 1949. Él la usó como figura central para contar la historia de la independencia de manera muy divertida, y vendió muchísimas copias. Su libro fue un *bestseller*. Y una vez que aparecieron sus cuentos, cobraron vida propia, se repitieron, y se volvieron más fabulosos.

Lo interesante aquí es indagar ¿por qué tanta gente ha creído tantas mentiras? La respuesta es que hay que reconocer el poder de la ficción, sobre todo cuando la queremos creer porque concuerda con nuestras ideologías y fantasías (lo que los expertos llaman *confirmation bias*). Una lección para también entender los otros mitos que he mencionado.

Queremos creerlos, primero, por el sexismo. En la mayoría de los relatos La Güera refleja los viejos estereotipos de género: la definen más que nada por su sexualidad y le atribuyen su poder a su belleza deslumbrante y sus relaciones amorosas con hombres famosos. De hecho, La Güera mítica es una fantasía masculina: bella, divertida y asequible. Y también una fantasía feminista: ambiciosa, brillante, poderosa, y sexualmente liberada. Así que es la mujer que nos hubiera gustado que viviera en el pasado: *la rubia que todos quieren*. Y mientras más sensacionales los cuentos, más se propagan, porque nos encantan los chismes escandalosos.

También nos influencia la ideología nacionalista. Queremos creer que todos los buenos de la historia querían la Independencia desde un principio. Por eso, como La Güera vivió durante la época de la independencia, tiene que haber apoyado ese movimiento abiertamente y consistentemente desde el momento del Grito de Dolores ¿no? Pues no. Ella fue parte del grupo criollo que por muchos años quiso un gobierno autónomo dentro de la Gran España, como lo que estableció la Constitución de Cádiz, en que México no se separaba de la madre patria. Pero ese cuento es demasiado complicado, y no concuerda con la narrativa patriótica. Y siempre preferimos los cuentos sencillos.

⁵ Silvia Marina Arrom, *La Güera Rodríguez: The Life and Legends of a Mexican Independence Heroine* (Oakland: University of California Press, 2021); traducción, *La Güera Rodríguez: Mito y Mujer* (México, Turner/Noema, 2020).

Otro cuento demasiado sencillo es el del progreso glorioso de la Nación desde la Independencia hasta la Reforma y Revolución. Además de ser el relato patriótico, forma parte de la *meta-narrativa* de la modernización, que nos hace creer que el presente es mejor que el pasado. Esta es una idea muy arraigada en todas las culturas occidentales; y parte de esa narrativa es que la modernización requiere la secularización y el debilitamiento de la fe. Gracias a Max Weber ¿no?

En lo que toca a las mujeres, estamos convencidos de que su situación era mucho peor en el pasado; que nuestros tiempos son mejores. Por eso se piensa que si había una mujer interesante a principios del siglo XIX – como fue la Güera –, entonces tenía que haber desafiado las normas de la época, cosa que ella nunca hizo. Esto es parte de lo que el gran historiador inglés, E.P. Thompson, llama “la enorme condescendencia de la posteridad.” Repito: nuestra *enorme condescendencia* hacia el pasado. No sé si tenemos alguna necesidad psicológica de sentirnos superiores a nuestros antecesores. Pero ciertamente nuestra narrativa de la modernización ayuda a explicar la persistencia de muchos relatos ficticios.

Esto lo vi de nuevo este año pasado del bicentenario, en que me tocó oír (y también dictar) muchas conferencias sobre las mujeres en la independencia. Vi que se suele enfatizar a dos o tres grandes heroínas como Leona Vicario y La Corregidora; y se dice que eran mujeres *excepcionales* que se *adelantaron a su época* por ser valientes, transgredir el deber ser femenino, y participar en la esfera pública.

Este es un insulto a las décadas de historia de la mujer en que hemos demostrado una y otra vez que el papel de las mujeres en el pasado no era tan estrecho como se ha pensado y que las mujeres muchas veces se involucraban en asuntos cívicos.

También es un insulto a las otras miles de mujeres que participaron en la lucha, porque las Heroínas de Bronce no fueron *excepcionales*. Tantas otras mujeres contribuyeron de tantas maneras – por ejemplo, como espías, reclutadoras y, sobre todo, *soldaderas*. Las mujeres que acompañaban a las tropas proveían servicios esenciales: conseguían el agua y los víveres, preparaban la comida, cuidaban a los enfermos y heridos, y a veces peleaban también. Eran muchísimas, posiblemente una tercera parte de las tropas. Yo sostengo que sin ellas no se hubiera hecho la independencia, porque un hombre débil de hambre y sed, o enfermo, no puede pelear. De modo que su papel no fue meramente suplementario al papel más importante de los hombres, sino que fue complementario – e igualmente valioso.

Pero estas mujeres han sido olvidadas en la historia oficial. En parte, porque la mayoría era del pueblo y el clasismo caracteriza a todas las historias escritas por cronistas de la élite en el siglo XIX, que suelen ignorar a los pobres salvo en muy pocos momentos.⁶

El sexismo tanto también esconde sus contribuciones porque el trabajo cotidiano de las mujeres – en el campo de batalla como en la casa – no se valoriza tanto como merece. Además, tenemos la idea (equivocada) de que la guerra solamente es cosa de hombres, lo que no era verdad en el siglo XIX,

⁶ Ver Silvia M. Arrom y Servando Ortoll, *Riots in the Cities: Popular Politics and the Urban Poor in Latin America, 1765-1910* (Wilmington DE: Scholarly Resources, 1996); traducción, *Revuelta en las Ciudades: Políticas populares en América Latina* (México: UAM, 2004).

ni en la Revolución, antes de la profesionalización de las fuerzas armadas. Y no nada más en México: las mujeres formaban parte de las tropas en todas las guerras de Sudamérica y Europa en el siglo XIX.

Por eso debemos cambiar las preguntas que hacemos. En vez de preguntar ¿Qué hicieron los gran héroes y heroínas? Mejor sería preguntar ¿Cómo lo hicieron? Entonces veríamos todas las personas – hombres y mujeres – sin las cuales ellos no hubieran podido lograr sus hazañas. Así se combina la historia desde abajo con la historia desde arriba, que demuestra que esa lucha fue un proyecto compartido por hombres y mujeres, y que aún las llamadas *tareas femeninas* fueron esenciales para su éxito.

Bueno: ¿porqué importa matar estos *zombis*? Yo estoy convencida que nunca podremos lograr la igualdad de género hasta que cambiemos las ideas *androcéntricas* – o sea, la idea de que lo que hace el hombre es más importante de lo que hace la mujer. Hasta que valoremos todo lo que hacían las mujeres en el pasado, y no solamente cuando hacían lo mismo que los hombres. Sin eso, tampoco podremos entender el verdadero proceso de lograr la independencia, ni cómo se creó el sistema moderno de asistencia social, ni cómo se recuperó la Iglesia después de la Reforma – entre otras cosas.

Pero aquí entran los *zombis*. Igual que no podemos desprendernos de la narrativa patriarcal que coloca a la mujer en la esfera privada y concibe de la esfera pública como un ámbito masculino, tampoco podemos desprendernos de la meta-narrativa de la modernización que propone una mejoría constante en la vida nacional. Narrativa que se nutre del discurso de los liberales del siglo XIX y después los revolucionarios que se jactaban de ser la salvación de México, y de haberlo unido bajo un Estado fuerte que llegó hasta todos los rincones del país. Después se añadió que era moderno y que representaba la justicia social, etc. Pero cuando uno le echa una mirada desde la historia social, desde la perspectiva de los de abajo, desde los pueblos aislados, desde las minorías, se puede ver que eso es propaganda. Son cuentos que, mientras más se repiten, más se llegan a creer, especialmente porque confirman lo que queremos contar sobre el pasado.

Espero que en este congreso ustedes ayuden a regresar estos *zombis* a sus tumbas. Pero no morirán hasta que nuestros conocimientos lleguen a un público más amplio, porque a veces me temo que los especialistas solamente nos hablamos entre nosotros. Cosa que tenemos que cambiar para que nuestros saberes no se queden aquí. Me parece que es una tarea urgente, y les invito a aprovechar esta reunión para confrontarla juntos.